



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



El Duende • Eduardo Galeano • HCF Mansilla • Carlos Medinaceli • Paulovich • Luis Urquieta
Julia García • Freddy Zárate • Martín Zelaya • María Vázquez • Evgueni Evtushenko
Juan José Saer • Luis Felipe Lira

LA PATRIA

SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 572 Oruro, domingo 26 de abril de 2015





Acanitido, acuarela sobre papel de 20 x 30 cm.
Erasmo Zarzuela

Taller literario

Leer poesía, leer el universo

Entre el lunes 27 y el jueves 30 de este mes, el poeta Benjamín Chávez, miembro del Consejo Editor de El Duende, dictará un taller consistente en lectura, análisis y creación de textos poéticos. La metodología será participativa para promover el diálogo.

Benjamín Chávez ha publicado 10 libros de poesía con los que ha obtenido galardones a nivel nacional e internacional. Participa en eventos literarios en América y Europa.

El taller está dirigido a toda persona interesada en conocer o profundizar en el tema.

Horario: De 19:00 a 20:30 p.m.

Lugar: Café Notre Dame (calle Murguía n° 807, Potosí y Pagador).

Inscripciones: Lunes 27 en café Notre Dame a partir de horas 18:30.

Contacto: 72089260

Eduardo Galeano

Montevideo, Uruguay, 1940-2015

Una de las personalidades más destacadas de la literatura Iberoamericana



Ojalá podamos ser desobedientes cada vez que recibimos órdenes que humillan nuestra conciencia o violan nuestro sentido común.

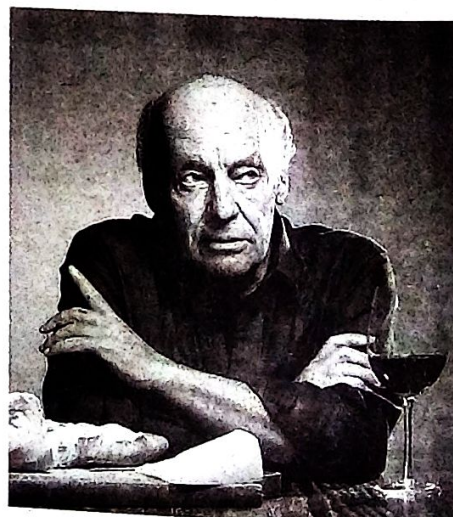
No consigo dormir. Tengo una mujer atravesada entre los párpados. Si pudiera, le diría que se vaya; pero tengo una mujer atravesada en la garganta."

Si Eva hubiera escrito el Génesis, ¿cómo sería la primera noche de amor del género humano? Eva hubiera empezado por aclarar que ella no nació de ninguna costilla, ni conoció a ninguna serpiente, ni ofreció manzanas a nadie, y que Dios nunca le dijo que pariría con dolor y tu marido te dominará. Que todas esas historias son puras mentiras que Adán contó a la prensa."

La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré. Entonces, ¿para qué sirve la utopía? Para eso: sirve para caminar."

Quien no está preso de la necesidad, está preso del miedo: unos no duermen por la ansiedad de tener las cosas que no tienen, y otros no duermen por el pánico de perder las cosas que tienen"

El poder es como un violín. Se toma con la izquierda y se toca con la derecha.





el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Reflexiones sobre mi propia existencia

* H. C. F. Mansilla

Mi formación fue promovida en el hogar paterno por una atmósfera liberal y simultáneamente interesada por toda manifestación de la esfera cultural, cosa que ha marcado mi evolución posterior. En Alemania estudié lenta y cómodamente ciencias políticas y filosofía, antes de que las universidades de aquella nación abandonaran su carácter humanista y se convirtieran en fábricas de meros técnicos y tecnócratas. Guardo de aquellos años, que probablemente fueron los mejores y decisivos de mi vida, el mejor de los recuerdos y una nostalgia irremediable. De mis maestros en Berlín y Frankfurt aprendí sobre todo la función filosófica de criticar lo obvio y lo sobreentendido, o sea a poner en cuestionamiento los valores supremos de nuestro tiempo: la normativa del progreso material incesante, el crecimiento económico ilimitado, las modas dictadas por los medios masivos de información y las identidades de cuño nacionalista y populista. Por otra parte, el espíritu crítico, que mantiene distancia con respecto a todas las modas, doctrinas e insensateces del momento, resulta ser algo incómodo para las sociedades de todos los tiempos. A comienzos del siglo XXI, cuando movimientos nacionalistas, populistas y socialistas vuelven a ganar relevancia y cuando la industria de la cultura, en su versión globalizada y plebeya, establece una especie de dictadura inescapable, los individualistas como yo sentimos una soledad muy grande.

Y esto es lo que creo ver en el mundo del presente: la impostura hecha norma en el terreno de las ciencias sociales (las variantes del postmodernismo y del relativismo axiológico), el retorno del populismo autoritario en el Tercer Mundo, el avance del fundamentalismo y fanatismo en muchas

naciones, la civilización del despilfarro y la vulgaridad en los países del Norte, el desastre ecológico-demográfico a escala global. Convivir con todos estos fenómenos en el otoño de la vida es ciertamente un castigo, tal vez inmerecido.

Después de una larga existencia y de leer mucho sobre asuntos históricos, puedo afirmar, con temor a equivocarme, que la evolución histórica no deja traslucir claramente un sentido general, y menos uno de índole racional. Si uno ha experimentado el siglo XX, es difícil aseverar que la humanidad se encamina, de modo más o menos seguro, hacia el progreso material y moral para todos los habitantes de la Tierra, hacia la convivencia civilizada de todas las naciones y hacia la reconciliación del Hombre con la naturaleza. Es improbable que exista algo así como un sentido general de la vida de carácter positivo y promisorio para la mayoría de los seres humanos. El totalitarismo del siglo XX fomentó la posibilidad de ver la vida como un contexto inescapable de locura, violencia y caos. Pero aun así podemos crear o suponer pequeños sentidos parciales, individuales y temporales. Después de todo, hay mucha gente cuya vida ha sido y es relativamente bien lograda, es decir con ciertas alegrías y variados triunfos, sin demasiados sufrimientos materiales y dolores espirituales. Y lo mismo puede afirmarse de ciertos periodos históricos. La acumulación de sentidos parciales, que paso a paso en sí mismos tienen algo que da coherencia a nuestros actos, forma un conjunto, una totalidad, que, por más casual y relativa que sea en sus componentes, posee un sentido racional y suficientemente amplio para contrarrestar la doctrina contemporánea del

relativismo a ultranza.

Mi preocupación principal ha sido el individuo expuesto a los avatares de las sociedades modernas, la persona sometida al sinsentido de la historia y el destino, el ser pensante topándose con las perversidades del colectivismo y las necesidades de la opinión pública. La promesa de un mundo feliz se ha transformado hoy en la posibilidad de la destrucción ecológica y la regresión histórica. Leí estas cosas en los libros de mis maestros Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, textos terribles y cargados de una amarga verdad, donde hallé las primeras formulaciones de esta concepción pesimista que se aviene tan bien con mi carácter. Creo ser fiel a mis maestros de la Escuela de Frankfurt cuando reivindico el valor superior del individuo frente a las coacciones manifestadas de los sistemas totalitarios, por un lado, y ante las seducciones sutiles de la industria contemporánea de la cultura, por otro. Al mismo tiempo mis maestros pusieron énfasis en la distancia que existiría entre el ámbito de lo real (la facticidad cotidiana de las sociedades contemporáneas) y las posibilidades derivadas del desarrollo acumulado: la diferencia entre la estupidez predominante y un mundo razonablemente organizado sería simplemente enorme y por ello decepcionante en grado sumo. La pesadumbre y la melancolía, el desencanto y el desconcierto serían entonces el estado de ánimo de toda persona medianamente informada e inteligente. El sueño de la razón terminó engendrando monstruos. En un rapto de entusiasmo racionalista, Karl Marx exclamó que nuestro deber era cambiar el mundo según los dictados de la razón histórica; hoy, más humildes, sabemos que



nuestra obligación es preservarlo de las pesadillas y las tentaciones de la razón, apoyándonos, como nos enseñó Hans Jonas, en un principio de responsabilidad basado paradójicamente en la modestia histórica.

Mi talante escéptico se vio reforzado por la lectura de Sigmund Freud y por autores que han enfatizado el lado irracional del quehacer humano. Debo a San Agustín la convicción —la base de sus *Confesiones*— de que el alma humana es ambivalente: los propósitos más nobles conviven con los apetitos más abominables, los motivos más puros con las intenciones más turbias. Las ambigüedades de nuestro espíritu se originan en el ansia ilimitada de saber, que es, al mismo tiempo, un ansia irrestricta de poder. Queremos saber siempre más y más, y eso nos conduce a influir sobre las mentes, los corazones y las acciones de los mortales. Pero el alma encierra también el anhelo de conocer y amar a Dios y de vivir de acuerdo a Sus mandamientos. Este deseo empieza desde la profundidad de los fosos del pecado y del orgullo. Y esa es nuestra esperanza, aunque sea pequeña. Como escribió Hannah Arendt, la fidelidad se convierte en el signo y símbolo de la verdad: "Al término de nuestra vida sabemos que sólo es verdad aquello a lo cual le pudimos conservar la fidelidad hasta el final".

Finalmente quiero dejar testimonio de agradecimiento a todos aquellos que me enseñaron la bondad de los grandes corazones —como mis padres—, la belleza del arte y la literatura y la virtud inapreciable de la gente sencilla. El tiempo lo estropeará todo, sin duda alguna, pero aun así hay que dejar una constancia de gratitud en favor de las personas que posibilitaron y facilitaron nuestra vida.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en filosofía.
Académico de la Lengua



Max Horkheimer



Theodor W. Adorno

Mujer, perro y abrigo

* Carlos Medinaceli

Yo era un enamorado alfeñique que toda vez que me encontraba cara a cara con la Emperatriz de Hungría, quiero decir con Ernestina Campoverde, que era mi enamorada, me volvía inconsútil melcocha. Cierta es que le tenía una pasión sincera, que, sin embargo, no pasaba del castaño oscuro, ni llegaba al rojo vivo. Rondaba la calle donde vivía ella hasta altas horas de la noche, con solo un confidente y amigo: mi abrigo... ¡Oh, mi abrigo! Buena prenda en mal poder; nunca pude averiguar si yo deshonraba a mi abrigo, o el abrigo me deshonraba a mí. Su origen se perdía en la noche de los tiempos y su color en los abismos del misterio. Para hacer su biografía sería preciso un libro; ella no es posible en los estrechos límites de una nota periodística. La Historia, haciéndole justicia, recogerá en sus páginas de oro la odisea de la vida.

Yo lo recibí inmerecidamente de uno de mis antepasados y dieron en afirmar las gentes que el finado seguramente, fue más alto que yo. Pero me adapté al abrigo como el caracol a su concha.

Amábalo tanto como a Ernestina; aunque esta no era de ilustre linaje me era tan útil como él. Ernestina tenía dieciocho años, buen corazón, mala dentadura y un horror feroz a mi abrigo.

—¡Este abrigo macfarlán, o qué demonios! —me decía— te da un aire de pasado de moda, apocalíptico, matusalénico. ¡Cuando te veo con él... me resisto a quererte!...

¿Qué hacer? Yo no me resolvía a dejar mi abrigo; tampoco a perder el amor de Ernestina. Estaba entre la cruz y la espada. En fin, a duras penas, como "*se arranca el hierro de una herida*", del centro del cuerpo me arranqué el abrigo. Solo entonces la familia consintió en cederme la mano de Ernestina.

Dejé al abrigo en el ropero de casa y me casé con Ernestina.

Los primeros meses no dejó de salir la Luna en nuestra miel. Pero, ¡lo que son las cosas! Mi mujer había conservado indeleble un amorcillo de soltera: su faldero. Se llamaba "*Cupido*". Era, como todos los perros distinguidos, remolón, voluntarioso, malentrenido. Siempre estaba chupando los dedos de Ernestina. ¡Qué asco! Esa mano que me concedieron a mí; pues fui yo quien me casé con Ernestina. ¡El perro qué tenía que hacer con ella? Y, todavía, la muy tonta me confesó ingenuamente su profundo amor por "*Cupido*". Cómo a sus faldas se encaramaba el muy bribón; cómo le olfateaba el odore de fémina...

—Bueno, Ernestina —sin poder más le dije un día—: si te empeñas en seguir fastidiándome con ese maldito animalucho, yo me veré

obligado a traer mi abrigo.

—No seas animal— gruñó ella—. Esa tu reliquia es digna de un magistrado; pero a ti no te sienta bien.

—¿Pero, qué tiene que ver el perro con el abrigo?

—Que no me agrada.

—Menos a mí tu abrigo.

—Caprichosa.

—Extravagante.

—Beata.

—Alguacil.

No nos hablamos el resto del día. Llevé mi abrigo. Ernestina se la pasó en unos coloquios místicos con el tal "*Cupido*". El ambiente se presentaba amenazante. La cocinera huyó.

Transamos por intervención del médico. El doctor Pérez intercedió para que Ernestina mandara a su perro donde mi suegra y yo obsequiara mi abrigo a un mendigo de la vecindad. Continuamos nuestra vida matrimonial. Yo me volví taciturno; Ernestina una neurótica. Nuestros diálogos, cada vez más irónicos, escondían en toda frase lo

acerbo de una ponzoña. Hasta que, otro día, sin respetar ninguno de nuestros pactos de "*no agresión*", rompimos relaciones, una copa y algunos platos. Fue el día en que, más tarde que se costumbre, Ernestina volvió de casa de su madre, donde había encontrado lloroso y alicaído a su faldero.

—Canalla —le dije: vuélvete al antro de donde has salido. Histérica, mala mujer.

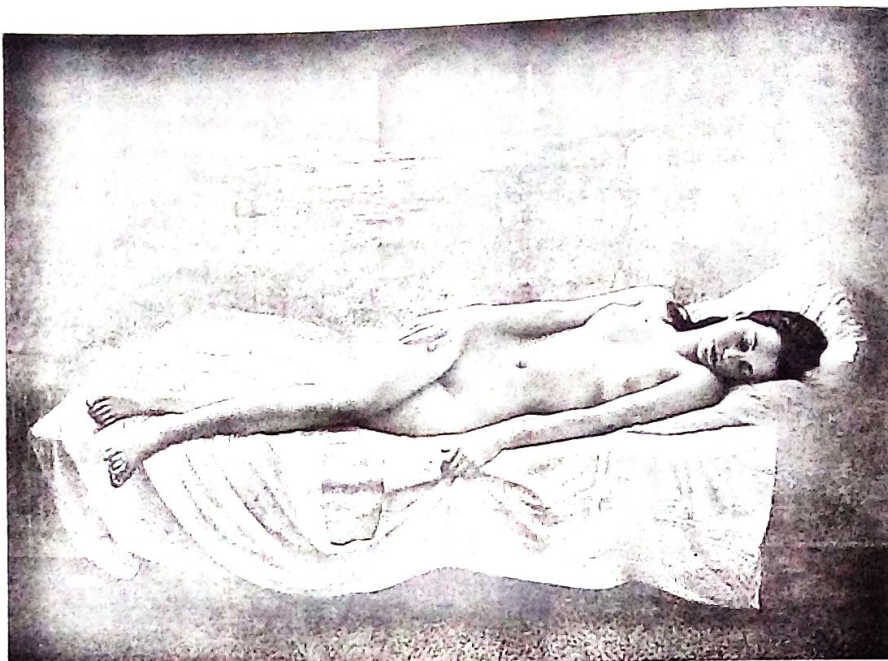
Nos divorciamos.

Retorné, más desencantado que nunca, a mi destarlada buhardilla de soltero. Nada me gustaba. Se me hacía imposible la vida. Tarde, que paseaba mi tedio por una calleja, tropecé con el mendigo de marras y cómo me emocioné al considerar el miserable estado de mi abrigo. Si el mendigo se había hecho, además, de un perrito; yo no tenía ni abrigo, ni perrito, ni mujer. Reflexioné. Decidí matarme. Fue a cas ay escribí lo que sigue:

"Yo, Cipriano Malpartida, declaro que muero por mi propia voluntad. A nadie se culpe de mi muerte sino a mí mismo y a la flaca naturaleza humana que hace odiar lo que se tiene y amar lo que se ha perdido. Lego esta experiencia, inútil como todas las experiencias, a la humanidad. ¡Jamás traicionéis la sinceridad de vuestros sentimientos y no llegasteis a ser sinceros como vosotros mismos y consecuentes con vuestras acciones, no tendréis derecho a la vida, y moriréis como yo, sin perro, sin mujer y sin abrigo!"

* Carlos Medinaceli. Potosí, 1899-1949. Narrador, crítico y profesor

Tomado de "Archipiélago 32-33"



El humor en la altura

* Paulovich

Vivo en una ciudad que está a 3.600 metros de altura sobre el nivel del mar y escribo todos los días, hecho que sorprende a algunas personas y que para mí representa una actividad natural como amar, comer, beber y dormir, sin haber recurrido jamás al Instituto Boliviano de la Altura ni ser objeto de su curiosidad científica.

Sin embargo, el quehacer de los humoristas ha sido y es objeto de investigación por psicólogos de muchos países y no faltó alguno que afirmó que el humorista ha sido y es objeto de investigación por psicólogos de muchos países y no faltó alguno que afirmó que el humorista adolece de una lesión cerebral, tesis que me gustó y me llevó a presumir ante otras personas a las que decía inflando el pecho: *"es que, sabes, soy un anormal pues ando por el mundo con una lesión cerebral y alguna gente cree que soy inteligente"*

Para no envanecerme demasiado le pregunté a mi madre hace muchos años si su alumbramiento había sido natural o si el obstetra había tenido que recurrir a los fórceps para hacer posible mi nacimiento, hecho que habría podido dañar mi cabecita. Mi madre me respondió: *"Naciste con toda naturalidad y no fueron necesarios los fórceps; la cosa fue tan normal que al día siguiente de que viniste al mundo un periódico de Cochabamba dijo en su crónica social: 'El hogar de los señores Paulovich fue alegrado con el nacimiento de un niño y la madre dio a luz con toda facilidad', aunque la fórmula estereotipada de entonces mandaba decir 'la madre dio a luz con toda felicidad'"*

Con lesión cerebral o sin ella, fui observado una vez por un médico internista que me aseguró que el secreto de mi mal, o de mi bien, estaba en, el hígado o en el páncreas pues de allí se desprendían los humores que marcaban el temperamento de una persona, existiendo buenos y malos humores. Mandó

que me hicieran varios análisis sin poder llegar a ninguna conclusión, lo que no impidió que el doctor se aprovechara para aconsejarme que no bebiera alcohol y, naturalmente, no le hice caso y cambié de médico.

Una psicóloga judía se interesó por mi caso y me dijo que mi humor residía en mi

psíquis y como el diagnóstico se realizó en Cochabamba, me puse a reír porque en el idioma quechua que hablan los naturales de esa ciudad *"siqur"* significa culo, de donde podría inferirse que mi humor salía de mi trasero, extremo que jamás podría aceptar porque esa parte de mi cuerpo es muy seria, como la de todos, y siempre supe que todos somos muy circunspectos cuando estamos en el baño.

Desde entonces ya no traté la cuestión del humor con los médicos y seguí viviendo a mi aire escribiendo crónicas y libros muy seguro de que existe el milagro del humor que es mejor no analizarlo.

Sin embargo, queda pendiente el tema de la altura que para algunas personas incide en las actividades deportivas y también fisiológicas y no ha faltado un novelista italiano que dijo que en Bolivia, en las ciudades altas, las gallinas no podían poner huevos.

Hacer humor a 3.600 metros de altura me produce grandes satisfacciones, como, por ejemplo, reírme de algunos futbolistas argentinos, hermosos atletas de 25 años que, cuando pierden en canchas bolivianas, achacan su derrota a la altura y, cuando triunfan, hablan de la superioridad del fútbol rioplatense. Reírme de algunos argentinos es un bien intangible de la humanidad.

He leído por ahí que los pueblos que tienen mayor sentido del humor son los que comienzan por reírse de ellos mismos y allí están el pueblo inglés, el judío y otras nacionalidades que para reírse de los demás empiezan por reírse de ellos mismos, lo que me lleva a antes que reírme de los futbolistas argentinos? a reírme primero de mi pueblo boliviano y de mí mismo.

Creo que eso mismo sucede a los humoristas mexicanos que se rieron muchas veces de sus deformaciones institucionales y contribuyeron a un cambio esperanzador; lo mismo hicieron los humoristas colombianos como Samper Pizano, y los humoristas ecuatorianos, chilenos y peruanos.

América Latina es un continente atrasado y sus grandes poblaciones son pobres. Desde Norteamérica y Europa nos analizan y nuestra situación cambia muy lentamente. En medio del drama, hay un ser moreno, con bigotes o sin ellos, pequeñajo o de buen porte, que gusta de reír mirándose en su propio espejo o contemplando su entorno.

* Paulovich (Alfonso Prudencio Claire).
La Paz, 1927. Académico de la Lengua.



Alfonso Prudencio Claire





Cervantes, Shakespeare y Garcilaso de la Vega: vida

* Luis Urquieta

Cervantes y Shakespeare

No es esencialmente significativo que el *Día del Libro* se fijara sobre una premisa errónea. El 23 de abril de 1616 no murieron ni Cervantes ni Shakespeare, sí nació ese día, en 1539, el Inca Garcilaso de la Vega. Cervantes falleció el 22 y fue enterrado el 23; la diferencia de fechas es aún mayor si se tiene en cuenta que en aquella época Inglaterra se regía por el calendario juliano, por lo que en realidad la muerte de Shakespeare se produjo el 3 de mayo, conforme al calendario gregoriano vigente desde 1582, reformado por el papa Gregorio XIII. En consecuencia, Shakespeare murió 11 días después de Cervantes.

Nunca se encontraron

Cervantes nunca oyó hablar del genio de Stratford-upon-Avon; Shakespeare puede que ni siquiera leyera entero *El Quijote*; sus vidas son totalmente opuestas; uno es novelista y prolífico dramaturgo el otro; drama frente a comedia; parece difícil hallar influencias directas del uno en el otro.

Más diferencias que semejanzas

El director de Filología Española de la Universidad de Huelva, Luis Gómez Canseco, autor, junto a Zenón Luis-Martínez, de *Entre Cervantes y Shakespeare: Sendas del Renacimiento*, afirma que las coincidencias son mínimas. El único dato seguro es que Shakespeare leyó la primera parte del *Quijote* y que hay una obra perdida de la que se conserva un resumen en la que el inglés -junto a un colaborador- retoma el personaje de Cardenio, que aparece en un episodio de la principal obra de Cervantes. Todo lo demás son conjeturas.

La curiosidad no ha desalentado la imaginación de escritores que en los tiempos actuales han tratado de buscar relaciones, encuentros o influencias entre los dos genios. Carlos Fuentes, por ejemplo, recogió en un libro de ensayos publicado en 1988 una teoría extendida que afirma que quizás ambos fueran la misma persona.

El británico Anthony Burgess, en su cuento *Encuentro de Valladolid*, muestra su visión de una hipotética reunión entre los dos escritores. O Tom Stoppard, el dramaturgo británico, que recreó la conversación que podrían haber sostenido Shakespeare y Cervantes si el español hubiera formado parte de la delegación de su país que acudió a Somerset House de mayo a agosto de 1604 para negociar la paz entre los dos países.

Frente a estas afirmaciones que forman parte de la fantasía, un crítico inglés considera que lo verdaderamente importante es la coincidencia en los estilos y contenidos de las obras de ambos escritores: Ambos produjeron figuras que en cierta manera sentaron las bases fundacionales de los iconos, como es el caso de Hamlet o Don Quijote, y además lo hicieron con apenas unos años de diferencia. Y los dos utilizaron una estructura de

tramas y sub tramas, en las que siempre incluían partes de comedia.

Tanto Shakespeare como Cervantes fueron en el siglo XVII ejemplos de un prodigioso dominio de la lengua a través de su obra; en el caso de Shakespeare, de la lengua inglesa isabelina; y en el caso de Cervantes, de la lengua castellana.

Aspectos a destacar en ambos es su destreza en la caracterización de personajes: Shakespeare dota a sus personajes una naturalidad casi coloquial, esto es evidente en la tragedia de Enrique IV, con los personajes del Príncipe Harry y Falstaff. Don Quijote de la Mancha, a través de los diálogos entre Sancho Panza y Don Quijote, presenta una alternancia constante entre el discurso caballeresco, el culto y el coloquial.

El Inca Garcilaso y Cervantes

Contemporaneidad y paralelismo

Recordar al *Quijote* es evocar a Cervantes; así como pensar en Cervantes es exaltar la lengua castellana. Sin embargo, hay otras correspondencias menos obvias pero vigorosas. Asimismo, traer a la memoria a Cervantes o la lengua castellana es reconocer, al otro lado del océano, al Inca Garcilaso de la Vega y sus *Comentarios reales* (1609), que nos ha impedido leerlo en su cuarto centenario, porque él inició la reflexión hispanoamericana de la lengua coetáneamente a Cervantes.

Se llamó Gómez Suárez de Figueroa, que después tomó el apellido de su padre, el conquistador español Sebastián Garcilaso de la Vega, habido con la princesa incaica Isabel Chimpo Oello. Nació en 1539 en Cuzco,

ocho años antes que Miguel de Cervantes y Saavedra (1547); es el fundador castellano hispanoamericano como lo es Cervantes el modernizador del castellano peninsular.

El académico de la lengua Oscar Rivera Rodas afirma que mientras Cervantes gozaba de la ventaja de manejar su propia tradición e idioma, Garcilaso -como todos los demás escritores americanos coetáneos suyos- tuvo que aprender el lenguaje castellano y perfeccionarlo saliendo de los sistemas lingüísticos y semióticos propios tan diferentes de las lenguas románicas. Hacia la segunda mitad del siglo XVI los primeros escritores americanos, con sus culturas nativas, se vieron obligados a aprender una lengua extranjera que paulatinamente se convertirá en el castellano de su expresión propia. Garcilaso es el primer escritor americano que como lector, traductor y escritor, se incorpora al sistema europeo de la grafía de origen latino. Pero es sobre todo el primer escritor americano que empleó el castellano pulcramente con la dificultad de expresar pensamientos propios (quechuas) mediante los signos de la lengua española.

En 1560, a sus 21 años, Garcilaso se trasladó a España para educarse en la mentalidad occidental de su tiempo. Así empezó su experiencia vivencial y lingüística en la península, que no sólo implicó el aprendizaje de otras lenguas, sino percibir, imaginar e interpretar el mundo de otro modo, es decir al modo europeo, con sus virtudes y sus prejuicios. Así, cuando Cervantes publicaba su primera obra, *La Galatea*, en Alcalá de Henares,

en 1585, Garcilaso Hebreo que sólo se que tuvo el destino libros prohibidos por de la Inquisición cri Años más tarde: ron sendos libros; Don Quijote. Y a 1604 la aprobación Comentarios reales España, sino en Lis exilio temprano.

Estudiosos cerv Garcilaso no se encue que provenga de C señalaron Rudolph existen analogías er trabajos de Perile Comentarios reales

En 1975, Stelio y la historiografía a que el Persiles fue. Comentarios reales bien con otros relat

Para el mismo Garcilaso y Cervan ver esa relación hay ciertas crónicas, c agrega: La obra de una idealización de



Miguel de Cervantes Saavedra



Garcilaso de la Vega



as paralelas

so concluía la traducción de León
e publicaría cuatro años después por-
no de ser incorporado al "Index" de
por el régimen represivo y teocrático
cristiana.

le, en 1605, ambos escritores publica-
Garcilaso, *La Florida*; y Cervantes,
unque Garcilaso había conseguido en
ión eclesiástica de sus manuscritos
es, éstos no pudieron ser publicados en
isboa durante 1609, en una especie de

rvantinos aseguran que en la obra de
encuentra muestra alguna de inspiración

Cervantes. En cambio, como ya lo
h Schevill y Adolfo Bonilla en 1914,
en la obra póstuma de Cervantes *Los
iles y Segismunda* (1617) con los
es (1609).

io Cro en su *Cervantes, el "Persiles"*
andina, amplió ese criterio y escribió
uestra analogías no solamente con los
es de Garcilaso de la Vega, sino tam-
atos de Indias.

o Cro, hay todavía otra relación entre
antes más sutil y profunda; y que para
ay que tener en cuenta el idealismo de
como los "Comentarios reales"; y
de Garcilaso de la Vega, el Inca, fue
de la sociedad incaica en la tradición

de las utopías del renacimiento. Garcilaso quiso evocar
una sociedad que no existía más, aunque había existido
en un pasado reciente. Mientras la tradición utópica
anterior a Garcilaso, desde Platón a San Agustín y
Tomás Moro, miró a presentar un modelo ideal de socie-
dad, Garcilaso se inspiró en un pasado reciente.

La contemporaneidad de Cervantes y Garcilaso, y el
extraordinario paralelismo de sus vidas literarias que
tienen coincidencias asombrosas, proyectan dos símbo-
los, con vivencias diferentes, del castellano español y
del castellano hispanoamericano. Las vidas de ambos
escritores corrieron paralelas; aunque involucradas en
un mismo sistema lingüístico, difieren entre sí por razo-
nes históricas pero de cada una de sus obras emergen
sendos troncos de dos literaturas. Ambos escritores
murieron el mismo mes del mismo año, y muy proba-
blemente el mismo día, sábado 23 de abril de 1616:
Cervantes, en Madrid; y Garcilaso, en Córdoba
(España).

Nos falta un Plutarco redivivo para asociar en bio-
grafías colosales las figuras de Cervantes, Garcilaso y
Shakespeare.

Luis Urquieta Molleda, Cochabamba, 1932
Miembro de la Academia Boliviana de la
Lengua, correspondiente de la Real
Española.



William Shakespeare

Solo para tus ojos

* Julia García

Mi Señor don Quijote,
desde la tierra donde nace
la luz, encantada te invoco.

Quién pudiera ser
Dulcinea para gozar de tu
aprecio, quién pudiera,
olvidando su promesa
casta, dar rienda a los
deseos. Quién viviera sin
prejuicio a tu lado, a
sabiendas que tal empen-
dimiento no es de este
ciclo.



Hidalgo caballero,
siguiendo la vibración de tu pecho, me arrimo a tu Sancho comedido. Ojalá tuviera
una armadura como la tuya para protegerme del fatuo. Tu recia palabra sacude al
mundo. ¡Hasta cuándo, lucidez, has de ser arpa de la vida!

La muerte no es el fin sino la espera. Y he de esperarte a la vera de tu andar vir-
tioso. Qué prodigio sacrificio. Mi alma está dispuesta a tu lanza. Quiero beber de tu
costado. No hará falta lecho, seré tu peregrina. Me gustan las carnes pegadas al hueso,
así suena mejor tu cuerpo.

Cuando frente a mí estés, no hallaré culpa en mi entrega. Quiero ser musa fecun-
da para evocar tu obra desde el rosario de la memoria.

Ayer te vi con Dulcinea y he quedado con las cajas destempladas. Mi divino, te
amo así, con ella. Cuando la cáscara de mi queja haya caído, nos encontraremos en
La Mancha. A tu lado mi silencio será canto. He nacido tarde y crecido poco, bautí-
zame con el agua de tu verbo.

En la desnudez de esta noche, ha destilado savia la raíz de mi selva. No puedo
quedar cabeza abajo como tú para ver el equívoco, antes bien, sigo rodando.

Déjame curar tu cuerpo aterido, también quiero sangrar vino. Dame a beber tu bál-
samo de Fierabrás para sanar mi miedo.

Ahora que estamos frente al dios de turno, enséñame el rostro impertérrito de la
libertad. Arráncame de esta galera. Tú, que no mendigas al sol para alumbrar, sea tu
brazo mi gufa. Quiero hacerte un tributo riéndome de mí misma. Apaga mi hambre de
alegría.

Te has vuelto a mirarme y he olvidado mi pena. Soy niña de nuevo. Déjame besar
tu rostro, deslizar mis manos por tu espalda, enséñame el libro de tu frente, aquíeta-
me con tus muslos y cúbreme con tu barba.

Arróstrame mi coloso, no tengo alas. Te aguardo empecinada, soy yerba mala.
Apéate al reverso del silencio y deléitame con este amor de contrabando.

El tiempo sostiene con ternura tu esqueleto, se han pigmentado de almsbar tus
pupilas, no conoces calendario y del destino sabes sus duros palos. Apúntame en tu
norte. Yo, que he catado el milagro y la esperanza, quiero amanecer contigo.

Y cuando lo desees, bien amado, detén las alas de mi corazón arremolinado,
estoy esperando tu rescate en un rincón del olvido. Quiero hacer mutis cabalgando en
tu rocín eterno. Nadie me ha dado vela en este entierro.

* Julia Guadalupe García Ortega. Oruro, 1972
Coordinadora de El Duende

Kori-Marka, una novela desconocida de Julio Aquiles Munguía

* Freddy Zárate

La recepción académica en Bolivia está atiborrada de ribetes autóctonos. Las reminiscencias filosóficas, históricas y políticas tienen como génesis al imperio del Tawantinsuyu. Esta politización de lo andino se vio reflejada con toda suntuosidad tras el ascenso de Evo Morales al poder y recibir simbólicamente —por un sector de los aymaras— el cetro de mando en suelo sagrado de los ancestros (21 de enero de 2006). Los apologistas del actual gobierno están convencidos acriticamente de ser ellos los reivindicadores, intérpretes y peritos de esta cultura milenaria.

Revisando la historiografía boliviana se puede encontrar precursores de esta temática. Un autor que pasó al olvido por parte de investigadores, universitarios y estudiosos de la temática andina es el escritor Julio Aquiles Munguía Escalante (1907-?). A partir de la década de los años treinta publicó *El progreso* (1933); *Kori-Marka* (1936); *Proposafos* (1940); *Perigeo boliviano* (1943) y *La Genealogía* (1948).

Lo poco que se sabe de Julio Munguía es a través del periodista y dramaturgo chileno Armando Arriaza (1901-?). Lo describe como un hombre que dejó la ciudad pintoresca de las altas montañas de La Paz de calles estrechas y coloniales. Se dio a vagar por las grandes ciudades de Estados Unidos y Europa en 1927. Estuvo en Hollywood. Allí se mezcló con pintores y artistas de cine. Fue amigo de Charles Chaplin (1889-1977), el gran bufo, que bailó especialmente para Julio Aquiles *La danza del bastón*. Brevemente ejerció el oficio de caricaturista en el periódico *Evening Herald*, indica Arriaza. Luego pasó a España. Asistió en Madrid a las tertulias de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) en la Sagrada Cripta de Pombo. En el Gato Negro (café madrileño) departió con el Premio Nobel de Literatura (1922) Jacinto Benavente y Martínez (1866-1954) y el pintor Julio Romero de Torres (1874-1930). Anduvo por Barcelona, Salamanca, Sevilla; luego París, la Costa Azul, Monte-Carlo, afirma Arriaza. Años más tarde retornó a Bolivia para iniciar su estudio sobre *Kori-Marka*, cuyo asunto le traía interesado desde hacía muchos años. Tras una extensa documentación y visita a las ruinas de Tiwanaku, escribió su novela de raigambre autóctona.

El relato está ambientado en el paisaje altiplánico de *Kori-Marka* (ciudad de oro): "Cielo límpido y azul. Sol quemante [...]. Pampa árida y desierta, sólo se oye la orquesta salvaje del viento cuyo compás danzan los pajones". El protagonista que emerge de esta entraña andina es *Chuqui-Wayna* (joven de oro). Un jovencito de quince años dedicado



al pastoreo de animales. La monótona faena llegó hastiar al inconsciente de *Chuqui-Wayna*. Sentir el mismo panorama, el mismo silencio sepulcral hace que fantasee con otros lugares. La pregunta que perturba al interior de *Chuqui-Wayna*: ¿Qué hay más allá de mi pueblo? El mozo cada noche acostumbraba visitar a su único amigo, el viejo *Wari* (vicuña) de ochenta años de edad: "Inteligencia muy despejada y comprensiva, curandero notable, conocedor de hierbas medicinales y sabía secretos e historias maravillosas de los remotos tiempos de los antepasados". El viejo *Wari* comprendía los anhelos de su joven amigo. Pasaron pocos días para informarle una oportunidad laboral en Tiwanaku. En el pueblo se rumoreaba la llegada de unos "gringos" (apelativo a extranjeros) que requerían mano de obra para remo-

ver las vastas tierras (arqueología). Tras la noticia, al día siguiente el joven *Chuqui-Wayna* salió en busca de nuevas oportunidades. Arribó a Tiwanaku. La primera impresión que tuvo al llegar fue desilusión al ver sólo polvo, sequedad y abandono. Las leyendas del Imperio del Sol que escuchó de niño no se asemejaban en nada a la triste realidad. Lo emplearon para realizar excavaciones. Después de cuatro meses de intenso trabajo descubrió un monolito gigante. Creció su interés por acompañar a la comitiva a Norte América.

Al llegar a Nueva York, el espíritu de *Chuqui-Wayna* sintió miedo y asombro al ver tanta suntuosidad, riqueza y bullicio que no se equiparaba en nada a su apacible y premoderna *marca* (pueblo). El arqueólogo Mr. Irving Taylor lo empleó como *bell boy*. En

poco tiempo se adaptó a la cultura foránea. Los dos años de permanencia en la ciudad neoyorquina creció su ansia de tener el estilo de vida del sector acaudalado. Recordó nebulosamente las historias del viejo *Wari* sobre las riquezas ocultas en Tiwanaku. Tras una apurada meditación decidió volver a Bolivia para tener certeza de las legendarias riquezas que custodiaba en su memoria su viejo amigo.

Al llegar a *Kori-Marka* le reveló sus secretos su viejo amigo *Wari*. En un corto tiempo emprendió la búsqueda de la ciudad perdida en Tiwanaku. El cometido fue financiado por un comerciante norteamericano Albert Pickwood. Con un alto grado de incertidumbre empezó la comitiva expedicionaria denominada: "The Kori-Marka Exploration Co.". Un buen día —después de una extensa búsqueda— empezaron a llegar al campamento las primeras muestras de láminas y estatuillas de oro. Al adentrarse en la profundidad de una grieta descubrieron el anhelado "Templo de Oro". El metal precioso reverberaba entre el moho y el lodo. Los seis intensos meses de búsqueda dieron resultados increíbles que ascendían a trescientos millones de dólares de los cuales correspondía a *Chuqui-Wayna* cien millones. De regreso a Norteamérica *Chuqui-Wayna* recibió el título del "Rey del oro". Su vida empezó a ser fastuosa. La prensa y la sociedad lo reconocían como el dueño de las riquezas del gran Imperio del Sol. Las academias, las instituciones intelectuales, científicas y las universidades le obsequiaron títulos *honoris causa*, sin haber visto un solo libro en su vida. La existencia de *Chuqui-Wayna* fue perdiendo sentido. Su mente anhelaba volver a su apacible pueblo y por otro lado no pretendía despegarse de la comodidad neoyorquina. La excentricidad en despilfarrar su dinero, comprar amor y sentir el poder del oro fueron los goces de la vida que disfrutó placenteramente en suelo estadounidense hasta el día de su muerte.

Esta novela de raigambre autóctona puede ser considerada como un aporte significativo a la temática andina. Las descripciones que trazó el escritor Julio Aquiles Munguía Escalante en la década de los años treinta transitan entre la ficción y el realismo. El personaje *Chuqui-Wayna*, un hombre de origen aymara —como cualquier otro ser humano— desea, sueña y busca escapar de su propia existencia. Al salir de su pequeño mundo se produce un choque cultural entre lo premoderno vs. modernidad. Este hecho simboliza —según Julio Aquiles Munguía— la pugna eterna entre riqueza y pobreza, entre hombre y mujer, y la búsqueda perpetua por alcanzar el poder desde que el mundo es mundo.

* Freddy Zárate. La Paz.
Abogado y escritor.

Una bitácora posible

* **Martín Zelaya**

Prólogo a "Tradiciones del futuro" de Sergio Gareca Rodríguez, obra que será presentada el 29 de abril a horas 19:00 en ambientes del Salón Rojo del G.A.M.O.

El Carnaval de Oruro en el siglo XXII. Un más que terrenal arcángel Miguel que llega a redimir a la gente de sus pecados pero no titubea en dejarse ganar por sus tentaciones. Una reveladora interpretación-recreación del origen de la diablada, acaso el mayor símbolo artístico-cultural orureño.

Así arranca *Tradiciones del futuro*, un libro de cuentos bien logrado en lo temático, en lo formal y en sus múltiples trasfondos: contrastes, ambigüedades y dobles sentidos, ya incluso desde su más que atinado título.

Humor contra tragedia. Costumbres, idiosincrasias contra incertidumbre. La distopía, como no podía ser de otra manera en una obra de ciencia ficción, hila el sentido, es el leitmotiv de esta colección de relatos pero en este caso, lejos de centrarse el autor solamente en las desventuras del futuro, se regodea —perverso ajuste de cuentas— en desmenuzar al máximo ritos, rutinas, hábitos de nuestro pasado real, y del pasado de su universo ficticio (nuestro presente y futuro inmediato, claro está).

Un par de artistas —padre e hija— que fatalmente cumple el triste destino del clown: pasar de la risa fugaz al dolor; un mercado monstruoso que une y desbarata ciudades y engulle a la vez gentes y sociedades; un pantagruélico Oruro de excesos y desperdicios —imagen más que carnavalesca, claro— y un Carnaval sin Carnaval por una Virgen perdida.

Humor declamamos, y adelantaremos, solo para tentar a las ganas, la memorable escena en la que la Lujuria —voluptuosa, lasciva y arrogante— tienta a Miguel, tanto de dama como de varón.

"Busca el arcángel a la Lujuria y una de sus sirvientas le dice:

—La señorita Lujuria dice que está ocupada y que, siendo usted un ángel, tenga la bondad de esperarla cinco minutos por favor (...)"

Sale finalmente la conspicua Lujuria:

—"Carajo, Miguel, qué inoportuno eres (...). ¿No ves que en la mesita está toda la colección del Marqués de Sade?, podías haber leído un poco. La Soberbia tiene razón, eres un inculto..."

La distopía, palabra común a todo intento de inventar-recrear el futuro, en este libro, tiene lugares comunes al género, claro está, pero también una esencia e identidad muy propias y características de la unidad y concepto general que logra el autor: además del poder absoluto —o, por el contrario, la anarquía irremediable—; la violencia extrema, el caos y la carencia total de orden o estado de derecho, hay escenas muy originales que cada vez que uno las piensa más —exhorto a practicar la sana costumbre de la relectura— se hacen más posibles-creíbles.

Además del Carnaval —eje central, pretexto total— un par más de constantes le dan fuerza e identidad a este libro: el hábil

manejo de un lenguaje que, sobre todo en los diálogos, explora arriesgadamente en dialectos, jergas y modismos propios de las esferas populares y clasemedieras de Oruro y del occidente boliviano en general. Y por otro lado —valga repetir el verbo— la exploración en la intemporalidad que permite interpretar acertadamente la lógica dinámica de nuestra sociedad: situaciones propias de hoy y ayer, adaptadas-imaginadas en contextos futuristas, sobrenaturales.

Ah, y a no olvidarse del Perro Petardos. En un claro guiño de homenaje al colectivo literario cultural del que es co-creador, el autor —a momentos con naturalidad, a ratos algo forzosamente— no deja de incluir en cada relato a un lastimero, malagüero o indiferente can callejero, el Perro Petardos:

"Al terminarse el mundo, barriendo el viento lo que quedó de la raza humana, mientras el Perro Petardos olfateaba los escombros, una cofradía, reunida en los subterráneos de lo que fue el legendario bar Huari, sintió un pequeño temblor en el mediodía de aquel sábado..."

Este es un libro que puede leerse en toda Bolivia, en cualquier país, pero —qué duda cabe— tiene un guiño especial a los orureños que verán acá reflejadas no solamente facetas de la cultura urbana y general de esta urbe, o tradiciones, costumbres e idiosincrasias propias, sino que con seguridad reconocerán como "posible" o "entendible" al Oruro utópico y alucinado que concibe Gareca: Oruro, la puerta secreta al infierno; Oruro, la necrópolis del mundo; Oruro, mercado omnipresente; Oruro, sede de una sublevación contra el Vaticano; Oruro, con sus dunas de cocaína que seducen a los turistas. Y es que por más alta que sea la dosis de ficción y fantasía, si es idónea, es verosímil.

Seguramente muy poco o nada de lo que se aventura en esta colección de cuentos pasará en 100, 200 o 300 años; el pronóstico es tarea de las ciencias sociales, no de la literatura. Pero nada de lo que se relata en las siguientes páginas —salvo lo evidentemente sobrenatural— es imposible de concebir: degradación social, desintegración de la institucionalidad civil, despersonalización, deshumanización total del individuo... ¿Acaso no vienen arriesgando lo mismo los maestros de la ciencia ficción desde Aldous Huxley hasta Philip K. Dick, pasando por George Orwell, y ahora también "nuestro" Edmundo Paz Soldán?

Sea como fuere, nadie se quedará aquí lo suficiente para comprobar nada, así que simplemente quedan algunas certezas, como asumir y reconocer la incurable naturaleza y debilidad humana... y es que a fin de cuentas, como dice el autor, "el pecado siempre tiene la razón".

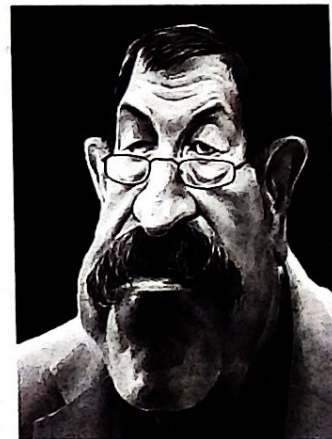
* **Martín Zelaya Sánchez.**
Escritor y periodista.

Günter Grass "visto" por Borges

El 10 de octubre de 1999, tras conocerse la noticia de que Günter Grass acababa de ganar el Premio Nobel, en el periódico La Nación de Buenos Aires, apareció una nota que lo evocaba, firmada por la escritora argentina María Esther Vázquez.



Jorge Luis Borges



Günter Grass

En estos días en que la prensa ha prodigado (verbo tan borgeano) homenajes al recientemente fallecido escritor alemán, reproducimos la nota, como un eslabón más de esa cadena. Dice el texto:

En el otoño europeo de 1964, Borges visitó la que era entonces República Federal Alemana y fue a Berlín. Allí asistimos, yo lo acompañaba, al Congreso por la Libertad de la Cultura donde estaban los más importantes escritores de la época, desde Miguel Ángel Asturias a Günter Grass.

Grass tendría entonces treinta y tantos años. Muy moreno, de ojos grandes y oscuros, poblados bigotes, pelo renegrido, alto y algo corpulento, parecía más bien centroamericano. Tanto, que empecé a hablar con él en español, que desconocía, y seguimos con un francés dudoso hasta que descubrí su germanidad y continuamos la charla en una mezcla divertida en la cual predominaba el alemán.

Cuando le conté a Borges quién y cómo era Günter Grass, quiso saber qué había escrito. Le narré con bastante detalle la trama de *El tambor de hojalata*. La historia de Oscar, el protagonista de esa novela, lo asombró. "¿Pero se puede llegar a algo con ese argumento?", preguntó.

Es evidente que siguió pensando el asunto. Lo conversé con Eduardo Mallea, que también había asistido a aquel encuentro, pidiéndole opinión. Y dos o tres días después, cuando el Congreso y Grass y sus bigotes habían quedado atrás, Borges me dijo: "No. No lo veo como un logro posible".

El tiempo y la Academia Sueca no le dieron la razón.

Evgueni Evtushenko

Evgueni Evtushenko. Nació en Siberia en el pueblo de Zimá, región de Irkutsk en 1933. Prolífico escritor. Evgueni Sidorov afirma acerca del poeta: "Reconozco que me gusta mi héroe. Para mí, Evtushenko no es solo un amigo íntimo, poeta prosista, crítico, actor de cine, magistral fotógrafo. Es, además, un personaje literario cuya vida se desenvuelve como en una novela de aventuras. Irrita a muchos y a muchos les resulta contraindicado, como un aderezo picante para una comida dietética."



Es luz y paz la fuerza del amor

Pasajera es la fuerza pasional.

Otra, poquito a poco la aprehendo.

Aventuras del cuerpo tiene el hombre
y aventuras de ideas y sentimientos.

Aventuras buscó mi cuerpo mismo
y se extenuó como extenuóse el alma.

Mé faltó la caricia de la muerte,
que hasta ajena me hubiera sido, extraña.

Por fin, de mí ya se apiadó Natura
(o fenómeno dile, a tu sabor).
Como el buen tiempo, en mí se ha establecido
—claror y paz— la fuerza del amor.

La vi enorme con su tambor valiente.
Y ella pasó a ser tú. Y en nuestra alcoba
oscura, con el dedo al labio, ella
silencio me intimó, muy rigurosa.

Balbuze el benjamín, incomprensible.
Despertarlo es tabú. Y el mayorcito
alerta está y le mordisquea el labio
su diente único, recién salido.

Se me ordena besar con besos táticos.
Beso cabal no lo permite el lloro.
El desorden de los juguetes crea
en derredor un orden extremo.

Me someto a este orden en que, ágil,
fino rayo de luz, la aguja fulge,
refulge sobre el forro de mi abrigo,
callada viene y va, zurce que zurce.

A casa había llegado, más los hilos
con que liliputienses maleantes
me ataran, se me hundían en la piel.
Tú, fácilmente los desenredaste.

El cúmulo del mal aquí en la Tierra
con todo su armamento ¿es ya tan fuerte?
como tú y yo, que inermes nos sentimos
tal como nuestro amor, también inerme?

Duerme en un clavo mi mojada gorra.
Junto al umbral, leones —son de trapo.
Cuando la vida y el hogar son firmes,
los hijos el amor están vedándonos.

Que el supremo poder niños lo ejerzan,
principio es de principios. ¡Qué infeliz
fue Mayakovski! ¡Nunca un hijo tuvo,
en sus brazos jamás lo vio dormir!

Cuando ya se hace larga esta epopeya
¿quizá irrite a las bombas mi ventura?
¿Feliz seguiré siendo, sin llegar
a tonto, sin perder de mi natura?

Vociferan las fuerzas del mal, truenan
ansiosas de roer huesos humanos.
Mas la fuerza de amor —luz, paz— no quiere
que sin razón despiértese a los párvulos.

Como un ángel en este siglo atómico,
al tanque y a la bomba díles "¡No!"
haz saber que durmiendo están los niños,
que es luz y paz la fuerza del amor.

Aún todas sus lágrimas el sauce no ha llorado.
A su sombra, en la orilla me quedé pensativo:
¿qué hacer para que sea feliz mi bienamada?
¿de qué manera conseguirlo?

No le bastan los hijos, la abundancia,
lo poco que nos damos al cine, al visíteo.
Yo le hago falta, yo, sin resto alguno... Mas
¿qué puedo hacer? Ya soy tan solo restos.

Puse mis hombros yo bajo la época
y esta arañó mi piel con sus ramos nudosos.
Ya para reclinarse mi bienamada, para
llorar sus penas, no le queda hombro.

Hoy, del hombre, la amada ya no recibe flores.
Arrugas, sí. Faenas, todas las de la casa.
Él la engaña, taimado, y si ella recíproca
lo hace por desquite, lo hace de ultrajada.

¿Cómo puedo a mi amada hacer feliz,
ofrendas a sus pies depositando,
cuando mi vida, que le entregué ya,
está rancia y tiene gusanos?

¿Por qué a la bienamada se la ofende
tan sin razón como tan a menudo?
Cómo hacerla infeliz, todos lo saben.
Cómo hacerla feliz, ninguno.

No se acumula a fuerza
de versos poesía.
Sí a fuerza de los clavos
con que horada la crítica
las manos del poeta
cuando lo crucifica.
No a la fuerza de metáforas
se acumula poesía,
si a fuerza de torturas.
No añaden poesía
pulsos recorridos,
sí heridas recibidas.
Citas no la acumulan,
pero si los dolores
y las magulladuras.
La cumulan pesadas
moles que a duras penas
se logra levantarlas.
¿Creó con llanto y sangre
de artífices, la Tierra,
gemas en los Urales?
Así como formara
en los Urales ella
tantas piedras preciosas,
formando va poetas.

El concepto de ficción

Juan José Saer

Segunda y última parte

Para aclarar estas cuestiones, podríamos tomar como ejemplo algunos escritores contemporáneos. No seamos modestos: pongamos a Solienitsin como paradigma de lo verdadero. La Verdad-Por-Fin-Proferida que trasuntan sus relatos, si no cabe duda que requería ser dicha, ¿qué necesidad tiene de valerse de la ficción? ¿Para qué novelar algo de lo que ya se sabe todo antes de tomar la pluma? Nada obliga, si se conoce ya la verdad, y si se ha tomado su partido, a pasar por la ficción. Empleadas de esa manera, verdad y ficción se relativizan mutuamente: la ficción se vuelve un esqueleto resaca, mil veces pelado y vuelto a recubrir con la camadura relativa de las diferentes verdades que van sustituyéndose unas a otras. Los mismos principios son el fundamento de otra estética, el realismo socialista, que la concepción narrativa de Solienitsin contribuye a perpetuar. Solienitsin difiere con la literatura oficial del estalinismo en su concepción de la verdad, pero coincide con ella en la ficción como sirvienta de la ideología. Para su tarea, sin duda necesaria, informes y documentos hubiesen bastado. Lo que debemos exigir de empresas como la suya, es un afinamiento decidido y vigilante en el campo de lo verificable. Sus incursiones estéticas y su gusto por la profecía se revelan a simple vista de lo más superfluos. Y por otro lado, no basta con dejarse la barba para lograr una restauración dostoyevskiana.

Con Umberto Eco, las amas de casa del mundo entero han comprendido que no corren ningún peligro: el hombre es medievalista, semiólogo, profesor, versado en lógica, en informática, en filología. Este armamento pesado, al servicio de "lo verdadero", las hubiese espantado, cosa que Eco, como un mercenario que cambia de campo en medio de la batalla, ha sabido evitar gracias a su instinto de conservación, poniéndolo al servicio de "lo falso". Puesto que lo dice este profesor eminente, piensan los ejecutivos que leen sus novelas entre dos aeropuertos, no es necesario creen en ellas ya que pertenecen, por su naturaleza misma, al campo de lo falso: su lectura es un pasatiempo fugitivo que no dejará ninguna huella, un cosquilleo superficial en el que el saber del autor se ha puesto al servicio de lo fútil, construido con ingeniosidad gracias a un *ars combinatoria*. En este sentido, y solo en este, Eco es el opuesto simétrico de Solienitsin: como la gran revelación que propone Solienitsin, Eco responde que no hay nada nuevo bajo el sol. Lo antiguo y lo moderno se confunden, la novela policial se traslada a la edad media, que a su vez es metáfora del presente, y la historia cobra sentido gracias a un complot organizado. (Ante Eco, me viene espontáneamente al espíritu una frase de Barrés: "*Rien me déforme plus l'histoire que d' y chercher un plan concerté*"). Su interpretación de la historia está puesta de

manera ostentosa para no ser creída. El artificio, que suplanta al arte, es exhibido continuamente de modo tal que no subsista ninguna ambigüedad.

La falsedad esencial del género novelesco autoriza a Eco no solamente la apología de lo falso a lo cual, puesto que vivimos en un sistema democrático, tiene todo el derecho, sino también a la falsificación. Por ejemplo, poner a Borges como bibliotecario en *El nombre de la rosa* (título por otra parte marcadamente borgiano), es no solamente un homenaje o un recurso intertextual, sino también una tentativa de filiación. Pero Borges —numerosos textos suyos lo prueban—, a diferencia de Eco y de Solienitsin, no reivindica ni lo falso ni lo verdadero como opuestos que se excluyen, sino como conceptos problemáticos que encarnan la principal razón de ser la ficción. Si llama *Ficciones* a uno de sus libros fundamentales, no lo hace con el fin de exaltar lo falso a expensas de lo verdadero, sino con el de sugerir que la ficción es el medio más apropiado para tratar sus relaciones complejas.

Otra falsificación notoria de Eco es atribuir a Proust un interés desmedido por los folletines. En esto hay algo que salta a la vista: subrayar el gusto de Proust por los folletines es un recurso teatral de Eco para justificar sus propias novelas, como esos candidatos dudosos que, para ganar una elección local, simulan tener apoyo del presidente de la república. Es una observación sin ningún valor teórico o literario, tan intrascendente desde ese punto de vista como el hecho, universalmente conocido, de que a Proust le gustaban las *madeleines*. Es significativo en cambio que Eco no haya escrito que a Ágata Christie o a Somerset Maugham le gustaban los folletines, y con razón, porque si pone de

testigo a Proust para exaltar los folletines es justamente porque escribió *A la recherche du temps perdu*. Es detrás de la *Recherche* que Eco pretende ampararse, no del supuesto gusto de Proust por los folletines. Basta con leer una novela de Eco o de Somerset Maugham para saber que a sus autores les gustan los folletines. Y para convencerse de que a Proust no le gustaban tanto, la lectura de la *Recherche* es más que suficiente.

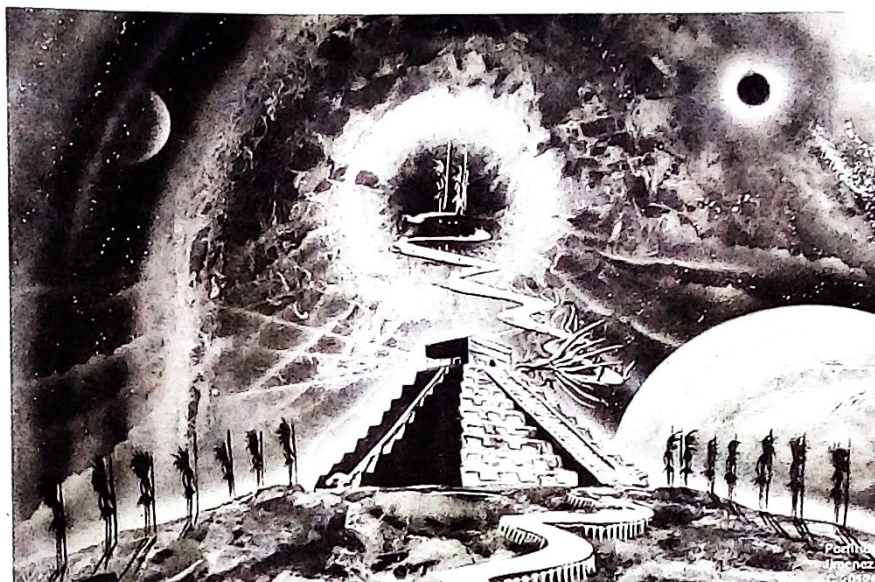
Mi objetivo no es juzgar moralmente y mucho menos condenar, pero aún en la más salvaje economía de mercado, el cliente tiene derecho a saber lo que compra. Incluso la ley, tan distraída en otras ocasiones, es intratable en lo que se refiere a la composición del producto. Por eso, no podemos ignorar que en las grandes ficciones de nuestro tiempo, y quizás de todos los tiempos, está presente ese entrecruzamiento crítico entre verdad y falsedad, esa tensión íntima y decisiva, no exenta ni de comicidad ni de gravedad, como el orden central de todas ellas, a veces en tanto que tema explícito y a veces como fundamento implícito de su estructura. El fin de la ficción no es expedirse en ese conflicto, sino hacer de él su materia, modelándola "a su manera". La afirmación y la negación le son igualmente extrañas, y su especie tiene más afinidades con el objeto que con el discurso. Ni el *Quijote*, ni *Tristram Shandy*, ni *Madame Bovary*, ni *El Castillo*, pontifican sobre una supuesta realidad anterior a su concreción textual, pero tampoco se resignan a la función de entretenimiento o de artificio: aunque se afirme como ficciones, quieren sin embargo ser tomadas al pie de la letra. La pretensión puede parecer ilegítima, incluso escandalosa, tanto a los profetas de la verdad como a los nihilistas de lo falso, identificados, dicho sea de paso, y aunque resulte paradójico, por el mismo pragmatismo, ya que es por no poseer

el convencimiento de los primeros que los segundos, privados de toda verdad afirmativa, se abandonan, eufóricos, a los falsos. Desde ese punto de vista la exigencia de la ficción puede ser juzgada exorbitante, y sin embargo todos sabemos que es justamente por haberse puesto al margen de lo verificable que Cervantes, Sterne, Flaubert o Kafka nos parecen enteramente dignos de crédito.

A causa de este aspecto principalísimo del relato ficticio, y a causa también de sus intenciones, de su resolución práctica, de la posición singular de su autor entre los imperativos de un saber objetivo y las turbulencias de la subjetividad, podemos definir de un modo global la ficción como una *antropología especulativa*. Quizás —no me atrevo a afirmarlo— esta manera de concebirla podría neutralizar tantos reduccionismos que, a partir del siglo pasado, se obstinan en asediarnos. Entendida así, la ficción sería capaz de no ignorarlos, sino de asimilarlos, incorporándolos a su propia esencia y despojándolos de sus pretensiones de absoluto. Pero el tema es arduo, y conviene dejarlo para otra vez.

Fin

* Juan José Saer. Argentina,
1937 – Francia, 2005
Poeta, novelista, narrador y
ensayista.



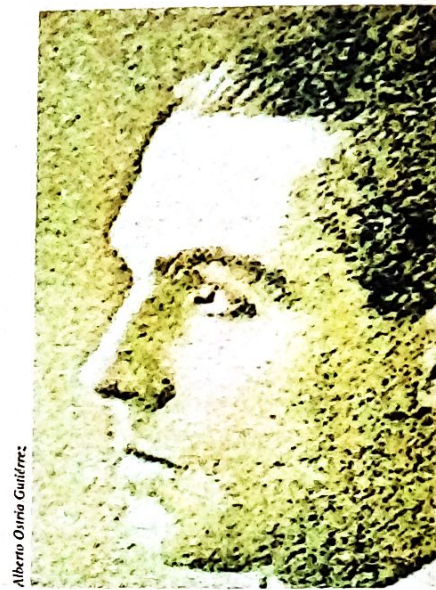
BARAJA DE TINTA

Sobre la instrucción a los funcionarios para que declaren sus bienes

De Luis Felipe Lira Girón al canciller Alberto Ostria Gutiérrez



Luis Felipe Lira Girón



Alberto Ostria Gutiérrez

Quito, 20 de agosto de 1939

Señor Ministro:

Entre las varias notas dirigidas por esa Cancillería al señor Juan Salinas, encuentro el adjunto formulario para declaración de bienes que, no sin cierto rubor y congoja cierta, lo apróvecho para mí.

Estoy seguro que mis lacónicas respuestas al cuestionario conmoverán a V.E. a quien pido de antemano, muy respetuosamente, quiera disimular la pluma que las traza y el desgaire de esta santa Hermana Pobreza que me asiste, digna del Poverello, y de la que espero, Dios mediante, algún positivo servicio en la otra vida, ya que en esta no me es más que almáciga de quebrantos, remolino de insomnios, grillos para mis anhelos, compendio corregido y aumentado de calumnias de los malvados e imán de toda suer-

te de desdichas. Por ella, señor, no soy en este valle lo que debería ser.

Por humano orgullo y por natural decoro quería ocultándola celosamente en el mohoso fondo de la petaca de cuero crudo que todos en el alma y en la que dejamos que se pudran a su sabor las cosas íntimas y amargas. Pero ya que superiores exigencias, tan inmisericordes como ineludibles, me obligan a descubrirla en toda su pulcra aunque esmirriada desnudez, ahí va señor Ministro, firmada bajo solemne juramento religioso (y sabe V.E. que soy cristiano viejo) mi honesta declaración de bienes terrenales.

V.E. que de antiguo me conoce, podrá medir con fina sensibilidad la agridulce emoción con que escribo esta nota. Dieciocho años de servir a la República, desde el sótano glacial de los Archivos de la

Cancillería hasta el calor de fragua de las trincheras del Chaco.

Dieciocho años y, no digo ya un cojitraneo fordecito para refocilarme como cualquier mortal al confortador halago de los soles domingueros, pero ni siquiera un tomín en depósito de ahorro, ni siquiera el abrigo para la hora del crepúsculo cercano.

Y ese torvo verdugo que llamamos Destino, aún a tiempo mismo de escribir esta nota pone delante de mis ojos, torciendo al sogá en casa del ahorcado, su última ironía: ese rico formulario que habla de bienes inmuebles y muebles, de depósitos bancarios y valores mobiliarios y automóviles y camiones, etc., etc., mientras señor Ministro y V.E. no tiene la culpa, transcurren cuatro largos meses que me encuentro impago;

cuatro eternos meses, que esa respetable Cancillería, con crueldad inenarrable, pone oídos sordos a mis patéticos llamados.

Pero de todo me consuelo recordando el verdadero amargo comentario del otro gran Don Miguel, el de Unamuno, aquel doloroso pasaje del "Quijote", cuando el divino manchego repara suspirante en los irremediables puntos corridos de sus medias:

—¡Ay! Que no tiene muda, y quisiera entonces darle todo por apenas una cuarta del hilo salvador:

"¡Oh pobreza, oh pobreza que te cebas en los caballeros..."

Saludo al señor Ministro con las seguridades de mi consideración más alta y distinguida.

Luis Felipe Lira Girón

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, La Paz.

Luis Felipe Lira Girón, nacido en Sucre (1903-1978), poeta, periodista y diplomático, ex combatiente del chaco. Desterrado en 1952, se radicó en Caracas en distintos periódicos y revistas y su anecdótico fuera de esta carta que le hizo célebre en su tiempo. Treinta años después hizo abandono del consulado de Calama porque no le remitían sus sueldos y a la exigencia de la Cancillería de que rinda cuentas, respondió con telegrama: "Que se rinda su abuela, carajo". Fue detenido por el Régimen de Pinochet en el estado de Santiago, como extranjero indeseable y puesto en libertad por su edad. Retornó al país pasando sus últimos días en la más extrema pobreza.

Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia" compilado por Mariano Baptista Gumucio (auspiciado por Fundación Cultural ZOFRO)